

ANTONIO PEREIRA, EN LOS BRAZOS DE LA I GRIEGA

Victoriano Crémer

No existe en el enunciado de estas pocas letras de servidumbre para otras más importantes y mejor conformadas del autor de «Los Brazos de la I Griega» el menor propósito de componer una frase que pudiera servir de ingenioso mecanismo para abrir el apetito de la lectura de este penúltimo libro del escritor que es por derecho, por vocación y por méritos reconocidos. Antonio Pereira.

Es, si se quiere o si se prefiere, una muy adecuada forma de presentación y de proclamación. Porque en el autor de «Un sitio para Soledad», existe siempre, en el trance de alumbramiento de cada libro, una cierta manera de abrazamiento, de acordonamiento afectuoso del lector.

Cada uno de sus libros, ya numerosos, es un tiernísimo (por más que intente ocultar sus enternecimientos. con algún esquivamiento humorístico, fruto de su naturaleza berciana) un amantísimo abrazo.

Y así, la imagen que mejor podría representar el acto de creación y de procreación novelística de Antonio Pereira sería aquella en la cual apareciera abrazado a sus libros, a todos sus, libros, porque todos responden a un acto de amor:

Así, los versos de «El regreso» o «Del monte y los caminos», o «Cancionero de Sagres», o las prosas cálidas, sugerentes, penetrantes por las vías de la buena sangre, de sus novelas, como «El Pals de los Losadas», «Una ventana a la carretera» o este recién nacido de «Los Brazos de la i Griega».

Y hemos preferido para esta representación, porque la presentación o bautismo oficial tuvo lugar días pasados en el Colegio «Europa», que sea el propio padre de la criatura quien nos sugiere las claves más fáciles para entablar el diálogo deseado entre la letra que el autor pone y la música que queda al arbitrio del lector. Y esta es su respuesta:

Yo no sé si es frecuente -y cada uno de ustedes se lo podrá responder a sí mismo- que la gente conserve el primer libro que haya tenido en propiedad en su vida. Yo acabo de comprobar una vez más el mío, la piedra fundacional de mi

modesto capital bibliográfico. Sé que costó tres pesetas, cantidad nada cómoda para un bolsillo de aquellos tiempos. El libro es «El Quijote», y lo digo con recelo porque parece una respuesta tópica preparada para cualquier entrevista tópica, editorial Ramón Sopeña, regalo del día de San Antonio, año 1933. Desde aquellos diez años de mi edad hasta los quince o dieciséis años, no creo que haya podido comprar muchos más libros. Pero los leí, leí mucho, todos los que se pusieron en mi camino, sin contar con que yo salía a buscarlos a ellos. En mi pueblo me dejaban entrar en una biblioteca conservadora que era la de los frailes, pero en rápidos y lealmente correspondidos préstamos fui conociendo también una biblioteca liberal (o mejor dicho, ecléctica), la de doña Rosario la banquera. Luego, resulta que mi padrino era precisamente librero. Mi tío Tomás y padrino, me habrá dirigido un par de veces la palabra en toda su vida, pero no le importaba que me pasara las horas en su trastienda entregado al placer de la lectura, que era un placer interruptus porque muchos libros venían con las hojas sin cortar y así había páginas que se podían leer enteras, páginas que podía leer a medias apartando un poco y mirando por el boquete, y páginas que no pude leer de ninguna manera y me dejaron frustrado y tenso. Una práctica tan poco higiénica explica las lagunas que suelen interrumpir mi cultura, pero también mi dedicación a la literatura como desquite, hartado de suplir con mi imaginación las razones y los lances que se me hurtaban en las páginas inaccesibles...

* * *

Sobre los libros que yo escribí, me parece que desde mi edad ya se puede echar una mirada panorámica. Echar esa mirada será la visión de mi propia vida. Yo fui precoz -lamentablemente precoz, lo digo con un poco de rabia- en la publicación de mis versos y prosas en letra impresa. Debía de tener doce o trece años cuando decidí que ya no bastaban los periódicos domésticos que yo fabricaba con una imprentilla y decidí escalar «las alturas de la fama». Los periódicos de verdad empezaron a publicar mis cosas. Pero la sensación de ser escritor, verdaderamente, no la conocí hasta el momento en que tuve en mis manos el primer ejemplar de mi primer libro. Con mi nombre increíble en la cubierta. Con las liturgias editoriales de «Es propiedad». «Reservados todos los derechos». ¡Pero cómo podía ser que uno tuviera derechos, además de trabajar en lo que más le gusta!

* * *

Hay quien dice que se publican demasiados libros, demasiados títulos. Hay quien piensa que hay más escritores que lectores, y no falta quien habiendo leído tres libros decide ¡El cuarto lo escribo yo! Yo me acuso de haber contribuido a esa inflación. Y más grave aún, ni me arrepiento ni muestro empeño en corregirme para

el futuro. Mi libro número 12, o acaso sea el número 13, por ahí anda ahora asomándose a las librerías, húmedo de la tinta reciente. Yo ya he pasado por todas las azarasas peripecias que comienzan con el envío del original y siguen por las galeradas y las pruebas de las pruebas hasta el momento decisorio y horrible de que ¡Adelante con los faroles!, adelante las máquinas, ese trámite que los autores franceses señalan formalmente con su firma bajo la indicación de *Bon á tirer*. «Bueno para tirar». En el sentido de empezar la tirada, entiéndase, porque el chiste se presenta demasiado fácil... «Los brazos de la i griega» es el título del libro. (Estuvo a punto de llamarse «Cuentos eróticos diocesanos», y así se llamará, Dios mediante, la nueva colección de relatos con la que ya amenazo...). Yo creo que en «Los brazos de la i griega» están, acaso terca y aburridamente, las constantes de la narrativa «pereiriana»: ironía, pero no sarcasmo; erotismo discreto, pero no pornografía tope; andanzas cosmopolitas, con frecuencia enlazadas más o menos conscientemente con lo leonés y lo berciano. En fin. Ustedes verán. Ustedes leerán, si se animan, y ojalá se animen...

Antonio PEREIRA